

TEOFILO CID

por

Braulio Arenas

Conocí a Teófilo Cid en los patios del liceo de Talca, en compañía de Enrique Gómez Correa. Era el año 1932, y el zodíaco de la mandrágora prometía a nuestra juventud todo un perenne cielo de poesía. Se puede asegurar que fue entonces nacido el propósito de establecer un nuevo coeficiente para el lirismo de la lengua española, y pronto los números mágicos de Jorge Cáceres y de Gonzalo Rojas agregarían sus resplandores a esta suma compacta.

Mas el augural horóscopo no mantendría su promesa, pues la entrevista ideal sólo se realizaría en contadas sesiones. Y hasta las mismas actas de la mandrágora han desaparecido, como hojas desprendidas de un calendario devorado por el tiempo. Y también Jorge Cáceres nos dijo adiós para ir a sumergirse en el país del nunca jamás. Asimismo Gustavo Ossorio, quien fuera animador de tanto hermoso poema en nuestra revista, partió devorado por su sentido sombrío. Y ahora Teófilo Cid ha decidido dejarnos más solos.

Sin embargo, bien pensadas las cosas, ¿esta muerte de Teófilo es reciente? ¿O no cumplía en su existencia un lento aprendizaje de ella? Porque existe una vocación para la muerte, una vocación practicada por extraños poetas. Esta muerte no la llevan consigo, por el contrario, la buscan en el exterior, en la noche, en la intemperie. La reducen a un axioma de la vida misma, y son poseídos por el encanto del misterio más que por la verdad desprendida de la mortal lección.

Peligrosamente inestables en la vida, estos poetas han apostado su existencia en contra de un adversario tenebroso, y han perdido el sol antes del amanecer. Todo lo han perdido, a todo han renunciado. Ningún disfrute de la realidad, ningún manjar deleitoso, ninguna bebida refrescante, pueden bastarles. Sabiéndose perdidos para la vida, mantienen frente a ella un orgulloso gesto de desafío. Pienso al decir esto en un Jacques Vaché, del que solamente un puñado de cartas se conservan, y que logró, sin embargo, impregnar al surrealismo de un hondo dramatismo, merced al establecimiento de una rigurosa crisis de conciencia. Pienso en un Jacques Rigaut balanceándose hasta la náusea sobre una inquietante pirámide de sillas, desde 1920 a 1929, con el revólver siempre cargado apoyado sobre su sien, mientras se sonreía un tanto nerviosamente. Pienso, más cercano a nosotros, en un Teófilo Cid, displicente y estoico, elegante y colérico, humilde y magistral.

Desde aquel lejanísimo año 1932, es decir durante treinta y dos años, si contamos este año de su muerte, caminó con mesurados pasos para

cumplir el circuito fatal de su existencia. Muchos honores le salieron al camino, muchas tentaciones de glorias literarias le acecharon, muchas ofrendas de riqueza se le ofrendaron, pero él prestaba oído sordo a estas quimeras de la realidad.

Su destino era otro. Mientras se cavilaba a su lado asegurándose los unos a los otros que Teófilo era un sin destino, no era nada menos que el destino el que lo saturaba. Un destino que él manejaba a manos llenas, tenso el arco, pronta la flecha y seguro el blanco, como en la morosa teoría de arquero explicada por la doctrina zen.

Era otro su destino. Era el destino signado desde la cuna por la poesía, y a este destino se consagraba con la tranquilidad estatuaría de un viejo personaje griego.

Poeta, él amó la poesía más allá de las palabras, la amó en la noche, en la libertad, en el amor. La hizo espíritu suyo, raíz, entraña, y experiencia vital. Es muy posible que sus sueños alcanzaran más consistencia que la propia vida en la mínima, desconcertante y atribulada razón de ser de este poeta. Sus sueños, los sueños que él mascullaba hasta en sus noches de insomnio, cuando deambulaba por las calles santiaguinas hasta avanzadas horas de la madrugada. Teófilo, como un fantasma de sí mismo, se veía caminar, se veía vivir, se veía morir. Preocupado por su experiencia, por comprobar el progreso de la muerte, se examinaba exclamando: "Ajado por la sombra en las aguas del espejo nada mi semblante". Y lleno de espanto filosófico se preguntaba: "¿Qué he hecho? ¿Dónde estuve?", para considerar que ese mismo rostro ajado por las arrugas fue el que una sombra amada cercó entre sus dedos en la remota juventud, el mismo rostro "que mi madre lamió como una herida".

El rostro —la realidad, digamos— es el testigo mudo de su experiencia, la triste suma del placer. Este rostro está sumergido en aguas tenebrosas (para decirlo con palabras del poeta), está extraviado de sí mismo, y Teófilo, por el desdoblamiento del espejo, le ve bajar los párpados, hender las cicatrices de su pesadumbre, mirarse interiormente. Ahora ya nada queda de ese juvenil rostro, terso y luminoso, que de tan expresiva manera hablara, cantara y riera en aquel patio del liceo en 1932. Rostro diurno y poético, con toda la claridad del mundo expresada en él. Nada queda, tampoco, de ese rostro vencido, poético y nocturno, reclinado en una almohada de un lecho de hospital, y al que contemplara —si es que las lágrimas no tendieran su velo de pasado— aquella tarde del mes de junio de 1964.

Toda una vida rota para siempre, irreparablemente perdida, atrozmente tronchada. Mas, parte de nuestra amistad, que yo no tendría el talento de explicar, ¿qué quedará de ti, mi pobre amigo? ¿Qué documento exhibiremos al mundo? ¿Qué prueba testimonial de su destino? ¿Bastarán algunos poemas tuyos tal vez, poemas escritos en tus ratos de ocio, cuando la poesía calmaba su torrente, poemas que para nosotros tienen la vigencia y el poder de la piedra roseta del lirismo?